

Nunca más miedo!

Factores sociales como causas de las rebeliones árabes¹

WOLFGANG ACHLEITNER

Nota del editor

A pesar de que este artículo no es de corte puramente económico, se lo solicitamos a nuestro colaborador, el Dr. Achleitner, porque consideramos que la llamada “Primavera Árabe” está reconfigurando una parte importante del mundo económico, sobre todo por lo que implica el control de países que poseen enormes riquezas energéticas. El Dr. Achleitner, experto en países del Tercer Mundo, analiza lo que está ocurriendo en los países islámicos del norte de África. El es un testigo privilegiado por los años que ha vivido y trabajado en esa parte del mundo.

En este artículo, el Dr. Achleitner nos explica las causas de fondo de los movimientos sociales de liberación política y económica que se han suscitado en los países del norte del África. Frente a las apreciaciones superficiales que han explicado la llamada “Primavera Árabe”, este artículo se enfoca sobre los factores estructurales endógenos que han contribuido a estos movimientos de rebelión, los cuales son: la combinación de la ruptura con la tradición comunitaria y religiosa que permitió el surgimiento de una individuación de los ciudadanos; el cambio demográfico y el predominio de jóvenes educados pero desempleados; la migración rural y su impacto sobre la estructura patriarcal; la emancipación de la mujer; las redes sociales, la corrupción, el despilfarro y el fracaso del modelo económico neoliberal para generar crecimiento, empleo y bienestar.

Muchos comentaristas explican las rebeliones ocurridas desde el principio del año en el mundo árabe solo por razones políticas, por la violación de los derechos humanos o de factores externos, como las supuestas intervenciones estadounidenses o islámicas. También hay voces que ya hablan del estancamiento de este proceso porque el efecto

1. Versión traducida y revisada de un artículo publicado por el autor en la revista austriaca « International » del Septiembre 2011

dominó a finales de 2011 ya no se produce tan rápido o que se observa un cierto desencanto en los países vanguardias, como Túnez y Egipto. Frente a estas apreciaciones que son algo superficiales quisiera aquí poner en relieve los factores estructurales endógenos que han contribuido a tales eventos y que son los mismos mecanismos de cambio que en las sociedades occidentales operaban y operan. El cambio social en el mundo árabe se ha producido siempre pero, por un lado, no ha sido percibido como tal por la arrogancia de los observadores de los países del norte; y del otro lado, ha sido ocultado por la ferocidad y el estancamiento social provocado por las dictaduras. Los factores enumerados por lo siguiente son los mismos que en toda sociedad y son originales sólo en su combinación respecto a las circunstancias específicas de cada país.

El aspecto más importante es una cierta ruptura con la tradición comunitaria y religiosa que permitió el surgimiento de una individuación de la personalidad. Esto implica un patriarcado debilitado en niveles de familia pero también en sus derivados al nivel regional y estatal. La individuación, a diferencia del individualismo que implica fragmentación, es un proceso de constitución de un sujeto, de una personalidad más libre, responsable y crítica dentro de un contexto social en movimiento. En la sociedad tradicional el individuo casi no existe, esta imbricado en unidades sociales más amplias, como familia, clan, tribu o gremio y cuyos jefes respectivos ejercen una autoridad que difícilmente se puede contestar. La modernización permite escoger entre alternativas para el desenvolvimiento individual con una integración social en nuevas redes o colectividades. Ella es concebida aquí como aumento de la soberanía popular frente a autoridades tradicionales y representa el resultado de múltiples procesos intercalados que se han dado desde el siglo XIX y sobre todo en los últimos decenios. Cabe mencionar que los cambios han sido menos espectaculares que en los países con más dinámica capitalista, agravados por las guerras mundiales, pero no obstante han tenido efecto.

El cambio socio-económico engendró consecuencias demográficas como el crecimiento de las poblaciones pero en grados diversos según los países. En todas partes se encuentran ahora mayorías de jóvenes, en gran parte desempleados que por falta de recursos no pueden contraer matrimonio. Ellos constituyen un potencial de conflicto sobre todo en circunstancias de una moral sexual represiva. Samuel Huntington vio en el rejuvenecimiento de los países árabes un argumento a favor de una radicalización islámica que llevaría al desde entonces famoso choque entre civilizaciones. Pero los movimientos seculares en Túnez y Egipto muestran bien lo contrario: las demandas son puramente políticas, económicas y sociales y la religión no figuró nunca como tema. No obstante es obvio que los islamistas también se benefician de los nuevos espacios de libertad.

La fase del crecimiento demográfico se estabilizó y junto a la migración rural-urbana se constituyeron familias nucleares más pequeñas, donde las pautas patriarcales tienen más dificultades para mantenerse. El trabajo de las mujeres y la escolaridad de los niños, muchas veces superiores a la del padre provocan más conflicto, discusión y participación en las familias. El cuestionamiento de la autoridad paternal relativiza también la importancia del papel del hijo/hermano mayor (mayorazgo) lo que facilita la emancipación de las mujeres en la familia. Otro elemento es la disminución de la

práctica del casamiento endógamo y agnaticio dentro de la familia paternal extendida. Esto trae como consecuencia la disminución del papel de los viejos, que dominaban a los jóvenes con el control de la selección de las cónyuges.

Hay otra razón más bien de civilización que debilita el patriarcado: en una economía diversificada bajo condiciones de mundialización los preceptos antiguos y tradicionales ya no son de mucha ayuda. Las nuevas tecnologías exigen nuevas formas de cooperación. Padres en empleos marginales o desempleados pierden el estatus y las prerrogativas del alimentador y defensor de la familia. No es sorprendente que ellos encuentren un refugio en interpretaciones más conservadoras del mensaje religioso que idealiza el pasado. Estas actitudes sumamente reaccionarias valen, dicho sea de paso, también para jóvenes universitarios sin empleo que a falta de perspectivas en el país y frente a la dificultad de emigración a la “fortaleza Europa” se vuelven islamistas.

En el plan sociológico también operan factores en contra del tradicional patriarcado autoritario, sobre todo la emancipación de la mujer que se pudo realizar gracias al nombre reducido de niños así como de mayor número de oportunidades de formación escolar y de trabajo. Aquí las diferencias entre los países son grandes y oscilan entre el modelo liberal tunecino y la negación completa del rol público de la mujer, como en Arabia Saudita. Otros factores son la migración rural-urbana causada por la baja productividad de la agricultura campesina y la creciente urbanización. La consecuencia es la formación de una clase de asalariados quienes trabajan en nuevos contextos sociales y se organizan en otros gremios profesionales o sindicatos. En países con un fuerte sector de exportación o de turismo, como es el caso de Túnez, el trabajo abre nuevas puertas y prepara las mentes hacia una apertura a otros mundos.

De gran importancia para la desvaluación de las jerarquías tradicionales es la pérdida de la influencia de las tribus, resultado de una política específica como en Túnez o debida a los procesos de modernización mencionados. Fue el primer presidente tunecino, Habib Bourguiba, quien consideró las tribus como obstáculos para la constitución de una identidad nacional. Contrariamente, el líder del vecino país Libia, M. Ghaddafi, optó por un régimen basado en las tribus, lo que explica entre otros las diferencias del transcurso de las rebeliones en ambos países.

Los jóvenes en la sociedad tradicional viven en familias extendidas, sus grupos de edad están compuestos de parientes y primos. Esto cambia en el medio urbano donde hay nuevas posibilidades para integrarse en otras redes sociales, sin hablar de los nuevos medios de información y de comunicación. La migración a Europa también ofrece muchas posibilidades de escapar al mundo cerrado de la sociedad de origen.

10% de los tunecinos viven en el extranjero, su nivel de vida material produce envidias y desemboca en proyectos cada vez más arriesgados de emigración temporaria o definitiva. Son candidatos no solo los desempleados sino también jóvenes que sí tienen trabajo. Los padres ya no tienen la autoridad de oponerse a tales fugas, como lo muestran las olas de migrantes en barcos frágiles después de la llamada Revolución de Jazmín en Túnez, al principio del año.

Es claro que los medios de comunicación de masas refuerzan tal cambio: no solo el acceso a los programas europeos sino también las estaciones locales transportan

valores de modernidad, aunque sean las teleculebras turcas o latinoamericanas, de dudosa calidad, pero que más audiencia tienen. Los conflictos y las soluciones preconizadas allí salen frecuentemente del ambiente tradicional y lo hacen parecer como anticuado.

Las sublevaciones del principio del año no llevaban consignas culturalistas; al contrario, la Declaración Universal de los Derechos Humanos procuró los argumentos y las lemas, consciente o inconscientemente. Por esto, las acciones en Egipto y en Túnez fueron muy pacíficas y las bajas se deben casi exclusivamente a las intervenciones de las llamadas fuerzas del orden. El *homo arabicus* como violento y reaccionario, como lo suelen mostrar los medios internacionales, siguiendo ciegamente la propaganda israelí, no existe ya o nunca ha existido así. La gente actuó como se actúa en cualquier sociedad del mundo frente a la injusticia y es así que tarde o temprano también las supuestas diferencias artificiales entre un Oriente y Occidente esencialmente diferentes y contradictorios van a desaparecer.

Pero una contestación cultural en términos ideológicos sobre el papel de la religión en la sociedad se observa desde hace cierto tiempo. Ella fue posible porque las dictaduras trataban de mantener un equilibrio entre fuerzas modernistas y tradicionales, o sea islamistas, para evitar una oposición unida, mientras que las elites que se habían apoderado del Estado se dedicaban a robar los recursos nacionales. Así había espacio de expresión para ambas corrientes siempre y cuando no tocaran cuestiones del poder.

Desde los acontecimientos del principio del año la contestación del rol preponderante de la religión en los asuntos del Estado está en auge y se pide una separación completa entre ambas esferas. Las críticas van todavía más lejos y se atacan al dogma de la identidad arabo-musulmana por ejemplo en Túnez y a la cuestión lingüística, poniendo en duda la utilización del idioma árabe clásico en detrimento del árabe dialectal, resultado de múltiples influencias culturales en la historia. Del otro lado, los islamistas también se benefician del nuevo espacio de libertad para proponer su concepto del ideal de una sociedad regida por la Charía (la legislación islámica).

En contra de esta marcha hacia atrás muchos autores, unos laicos otros también creyentes, proponen la necesidad de una iluminación en el Islam en el sentido de revisar la adecuación de la Charía a las condiciones de la sociedad moderna. Esta sería desde los orígenes del movimiento islámico el resultado del afán político de instrumentalizar la religión para mantenerse en el poder. En el Corán no se encontrarían bases para justificar muchos de los preceptos de la Charía, es más, no se menciona nunca, y contradice espiritualmente al mensaje transmitido por el profeta. La Charía, dicen, servía más bien para producir personalidades sumisas, autoritarias, ignorantes y nada libres y conscientes como era la intención del libro santo.

Hoy en día son los llamados Salafistas (literalmente tradicionalistas) los que proponen una marcha hacia atrás y exigen la aplicación de la Charía como base de la jurisprudencia y del Estado. Están financiados por los petrodólares de las monarquías del golfo pérsico, pero esto podría volverse un hándicap, ya que las sociedades árabes de África del Norte son socialmente mucho más avanzadas que, por ejemplo, la Arabia Saudita. Las elecciones de fines del año en Túnez y en Egipto van mostrar si estas

corrientes retrógradas tienen mucha audiencia en la población o si la separación entre religión y Estado podría operarse. En todo caso la discusión está abierta y suscita mucho más atención pública que en el pasado.

Es obvio que discusiones como estas no refuerzan la reputación de las autoridades religiosas u otras que se reclaman directamente o indirectamente de la Charía. Pero para que estos inicios de una iluminación se pongan en práctica, se necesita también un nivel mínimo de desarrollo económico y social, que puede ofrecer perspectivas a las poblaciones mayormente jóvenes. Aquí los países europeos podrían jugar un papel importante y hacer olvidar que apoyaron a los dictadores durante demasiado tiempo por razones de egoísmo económico, de corrupción o de simple ignorancia o soberbia racista.

Los problemas políticos y económicos son a la vez razones profundas e inmediatas de los sublevamientos populares. Corrupción, despilfarro de recursos, negación de los derechos de base facilitaban la movilización, pero también desde hace tiempo se tomaban decisiones que llevaban hacia un desarrollo estructuralmente erróneo. El liberalismo económico impuesto por el FMI y el BM en el llamado consenso de Washington no lograba crear empleos para absorber a los jóvenes bien educados que salían de las escuelas y universidades. La industria de exportación existe solo en forma de maquila aprovechando los bajísimos salarios sobre todo del asalariado femenino. La economía política del turismo, otra de los pilares de la economía, muestra que además de ser ecológicamente y culturalmente dudosa, beneficia en primer lugar a los *tour operators* extranjeros. El auge en el sector de bienes raíces está orientado hacia construcciones de lujo y corre el riesgo de que tarde o temprano las inversiones se esfumen. En la agricultura se favoreció el *agrobusiness* en detrimento de la pequeña agricultura familiar, que a pesar de alimentar y emplear a la mayoría de las poblaciones en Egipto o Túnez no recibe mucho apoyo. El Estado bajo el mando de los dirigentes corruptos y una burguesía compradora impidieron el desarrollo de una economía diversificada al servicio de las necesidades populares. Los problemas sociales que resultan de todo esto fueron la verdadera razón de las sublevaciones, precedidos de numerosas huelgas y protestas en el pasado, pero que no llamaron la debida atención internacional.

En general todos estos factores operan en diferentes combinaciones en todos los países árabes y provocan movimientos de emancipación, que ya no se pueden controlar. Son irreversibles, aunque los demás estados dictatoriales parecen haber aprendido algo de los errores de sus colegas tunecinos y egipcios y se aferran al poder, y esto no sin éxito como se ve en Siria o en Yemen. Existen otras amenazas del interior como las viejas elites que siguen en el poder porque sólo sus elementos más visibles han sido encarcelados o descartados de sus puestos, o nuevos movimientos que quieren establecer una nueva dictadura como los mencionados Salafistas. La democracia está amenazada también del exterior: en el caso de Túnez era la Libia de Ghaddafi, que aparentemente ya no representa gran peligro; y Argelia, que teme el contagio del movimiento democrático. En el caso de Egipto es la dependencia del ejército en el poder de los EEUU y de Israel. Como recientemente declaró Noam Chomsky, los EEUU no tienen ningún interés en una verdadera democratización de los países árabes, porque temen que se les presente la cuenta por años de desprecio y de intervencionismo al

lado de los dictadores, además de su preferencia unilateral para Israel en el conflicto con los palestinos. No sorprende que EEUU hoy parezca favorecer los movimientos de los islamistas moderados en ambos países, porque piensan que podrán arreglarse mejor con ellos.

Visto del ángulo del poder arrancado por movimientos populares, no organizados y pacíficos, el argumento de que los países árabes no sean lo suficiente maduros para practicar una democracia es algo hipócrita. Está falsificado también por la multitud de los partidos, organizaciones, asociaciones y otros movimientos que organizan en todo el país encuentros, discusiones, manifestaciones, etc. de cara a las primeras elecciones libres en su historia. Son sociedades civiles en formación y en marcha y es poco probable que se puedan frenar.

Las sublevaciones han sido lideradas principalmente por los jóvenes “indignados” y non-conformistas que se constituyeron como sujeto autónomo creando nuevas formas de movilización y sobrepasando las jerarquías existentes de partidos y sindicatos. Los nuevos medios electrónicos facilitaron la comunicación pero su importancia no se debe exagerar. Fueron más bien las contradicciones estructurales del cambio social que empujaron a la gente a enfrentar la dictadura. En el aspecto psicológico lo más importante era el miedo profundo frente a los poderosos – un elemento típico de la personalidad autoritaria- que ha sido sobrepasado en la acción colectiva. Así, el primer documental sobre la rebelión del tunecino Mourad Ben Cheikh se llama “Nunca más miedo” el cual describe actitudes contra las cuales el poder patrimonial del déspota basado en tradición, clientelismo, dinero y armas ya no podía resistir.

Adendum

Tunez, un año ya

Los eventos de hace un año han suscitado mucha esperanza y, casi igualmente, decepción. Según nosotros, a pesar de que existe realmente peligro de islamización y caos, quedamos moderadamente optimistas. Eso, fundamentalmente porque hemos visto a la sociedad tunecina en constante mutación hacia la modernidad desde hace mucho tiempo, siguiendo más o menos las mismas pautas demográficas, sociales y económicas que otras sociedades no musulmanas, es decir, no hay algo particularmente árabe.

Nadie esperaba la caída del dictador después de las manifestaciones pacíficas, sin gran resistencia de parte de las fuerzas armadas, de sus milicias, de la policía y de su partido, el cual contaba con la mitad de la población adulta. Parece estaba en preparación u golpe de Estado de parte de otros miembros próximos al poder, pero los eventos escaparon de las manos de los *putschistas*, los cuales veían probablemente en la protesta popular un medio de deshacerse del clan en el poder.

La insurrección no debería llamarse revolución ya que hasta ahora ha quedado sólo en el ámbito político: tenía como meta el saneamiento del Estado, sobre todo el fin del robo sistemático de los bienes del país por parte de ZABA y su familia, de la corrupción, de la arrogancia y de lo arbitrario de las autoridades públicas así como

de la institucionalización de una verdadera democracia, y la redacción de una nueva constitución. Hasta las elecciones del mes de octubre, esos tópicos dominaban los discursos públicos, sin tocar ni la economía ni el modo de desarrollo. Al contrario, se hablaba cada vez más de las cuestiones de identidad, manipuladas por las fuerzas conservadoras del país. El tema de la laicidad fue diabolizado y la arabo-musulmanidad levantada como último obstáculo de una sociedad en peligro. En fin, eso les valió la victoria a los islamistas.

Esta victoria (37% de los votos) sin embargo es muy relativa por varios razones: poca participación (inferior a 50%); muchos votos inútiles, sea porque eran para partidos minúsculos no representados en el parlamento,- debido a una ley electoral mal hecha- sea por culpa de la complejidad del boletín de voto que requería un alto nivel de alfabetización. En total, más de un tercio de los votos expresados fueron perdidos! Además de esto, hay que tomar en cuenta el financiamiento ilícito del partido vencedor, Ennahda, con fondos de las petro-monarquías y, claro, el esparcimiento de los partidos de izquierda ahora poco representados en la asamblea. También llama la atención, el silencio del gran sindicato nacional, l'UGTT, que se abstuvo de intervenir, pero que empieza a moverse con sus nuevos líderes recién elegidos.

Los nahdaouis islamistas dicen que sus sufrimientos durante el antiguo régimen fueron recompensados, lo que no es totalmente verdadero. Muchos cuadros de ese partido fueron oprimidos, pero no el islam como religión, al contrario. La dictadura fomentaba un equilibrio entre la libertad de expresión para un Islam moralizador y conservador para el pueblo, y el campo relativamente libre para los artistas y la cultura, sin permitir que ningún campo se metiera en sus asuntos y negocios, ni en política.

Desde que los islamistas han tomado lo esencial del poder (gracias a la alianza con dos partidos: centrista y social demócrata), no dejan de promover la re-islamización de la sociedad, y sin condenar los actos de violencia de los extremistas salafistas, los cuales quieren instalar la Charia (la ley islámica) inmediatamente y de quienes les sirven indirectamente de milicia represiva. La aparición de todos esos problemas hacen olvidar que la asamblea ha sido elegida sólo para un año y para redactar una nueva constitución, y de ninguna manera para cambiar la sociedad.

Afortunadamente, chocan con su proyecto de sociedad islamista a una sociedad civil vigilante y cada vez mejor organizada, así como a los partidos de izquierda y centristas los cuales han entendido la necesidad de unirse y movilizarse para alcanzar a los electores en las regiones desfavorecidas. Pero el mayor reto que se les presenta en su ejercicio del poder, es la protesta de los "sin trabajo" de las regiones relegadas que perdieron la paciencia con los discursos sobre la identidad o políticos. Los nadhaouis, que practican el neoliberalismo (por eso reciben el apoyo de los norte americanos) tendrán dificultades para responder a sus demandas. Es probable que en las próximas elecciones ya no tengan una mayoría tan comfortable.

Wolfy Cristina,
Tunez 14 de enero 2012